

EDITORIAL

► LA MUERTE Y SU DERECHO (I)

EL HOMBRE ENFERMO

AUTOR:
DR. JORGE CARLOS TRAININI*

Correspondencia: jctrainini@hotmail.com

No hay nada tan patético y conmovedor como la visualización de un hombre enfermo. El daño moral que infringe la enfermedad es igual o superior al físico. El hombre se siente disminuido, fuera de la batalla, en la retaguardia de la existencia. Un ser inferior se agita en sus entrañas. Este hombre oculta su mal como el último bastión ante lo inexorable. Disfraza su enfermedad. Una profunda pena se adueña de sus días.

No ser apto para el enfrentamiento continuo que impone la vida y la certeza de caer vencido aniquilan el sentido de la existencia. No se está preparado para ser un disminuido. Sólo se lo tolera y la enfermedad esclaviza al hombre ante los demás. Lo vuelve improcedente. En el resto del reino animal, esta situación implica la desaparición rápida y cruel. En el hombre, el estado de conciencia ante la muerte, le permite librar su última batalla antes de poder ser vencido indefectiblemente. A expensas de permanecer, a pesar de sentirse inútil e inválido.

La enfermedad acerca al hombre la sensación de estar pero no ser, el haber extrañado la historia cotidiana de los días, hallarse fuera de la situación donde se lucha por la inconsciencia de la vida. No participar en este juego es perder el orgullo del porqué ser, sin esa competencia disfrazada

de mil formas, pero lucha al fin, el hombre enfermo se desconsuela. Sin el orgullo de la identidad intacta su agonía se transforma en obsesión. Despertar es abrir una herida. Un párpado abierto es una pulsación dolorosa, una sensación entre la inutilidad y el temor.

¿En qué lugar de la existencia quedó herumbrosa la esperanza y el afecto? ¿Y el mismísimo dolor acucillado en el consuelo? El paciente cada día asume su soledad, desprovisto de alguien que entienda su biografía, el dolor íntimo, inexplicado, inconsolable, sujeto a la mundanidad que no se detiene en su angustia, sino que viaja en la continuidad de la masa anónima. Ante el drama de la evidencia el hombre enfermo pierde su individualidad, la entrega a los procedimientos y a los sanadores. La sociedad ha aprovechado el positivismo de discernir que una multitud de enfermos se hallen insertos en una misma ecuación terapéutica, pero olvidó que si no se trata a cada ser entendiendo sus emociones y su cultura, estaríamos intentando sanar curvas y parábolas, y no un paciente que ante el juicio médico tiene el riesgo de sobrellevar no sólo su enfermedad sino además el azar de la metodología y de lo técnico. Por eso de la necesidad de regresar a los sentimientos en un contacto con el enfermo, del valor en la

*Director de la Revista Argentina de Cirugía Cardiovascular

indagación del hombre que observa desde el otro lado de la realidad que el sanador cree ver.

Llegamos al punto que las industrias avizoran en la muerte una posibilidad de mercado. En esta inevitabilidad del progreso se trafican medicaciones que aseguran “un rato más” de existencia. Ese secreto inexpugnable de la muerte, límite dramático de la historia humana ha sido fuente de misticismo, superstición y de tráfico de intereses. Seguimos sin saber de la muerte, sin embargo jugamos con la dignidad que tiene el hombre de justipreciar su vida, aceptando que sea una mercancía, un tráfico de dioses humanos entregados al beneficio de organismos que ya adquirieron el comportamiento de lo intangible.

CONCIENCIA HUMANA

La aparición de la conciencia ha significado un hecho único, fantasioso, en medio de la inocencia de la ignorancia. Lograr analizarse a sí mismo ha conducido al hombre a la desesperación o a la soberbia. Con la conciencia avanza al límite del terror que le permite su claridad. Lo fatal es que aparecida en el “ser humano” se transforma en un parásito. Sólo lo libera de ella la desmemoria o la muerte. Mientras tanto muda a un animal alucinado e imaginativo, a quien nada ni nadie en el universo puede delatar.

La vida se explica por sí misma, lo cual representa la peor de las fórmulas. Ni el instinto, la palabra o lo legado a través del logos, pueden aprehenderla en su real mensura. La conciencia es el signo fatal de ese desarrollo que no obtiene significación de valor final, salvo la comprensión de observar la escena de su drama.

Estamos sujetos a contradicciones y gran parte de nuestras imaginaciones derivan de ellas. Es imposible con la actual conformación humana consciente no tenerlas. Necesitamos aceptarlas como parte de nuestra

realidad y no hacerlas colisionar con las quimeras. La lucidez suele llevar a la desesperación si todo se lo analiza con su prisma de la razón. Pero siempre queda la resignación para continuar el camino. Este instinto humano es implacable. Fustiga desde lo más profundo de los sentidos. Lo inconcluso de la conciencia parece corresponder siempre a los dominios del primitivo cerebro. Desde aquel mandato ancestral que no cesa, la conciencia es un vacío en el alma humana.

Los cínicos poseían la cualidad de la certeza de lo vano. En aceptar la condición humana eran también estoicos, pero no lo entendamos en la concepción de los descendientes de Zenón por el deber y rigor al cumplimiento social; y sí por el convencimiento en soportar el vacío interior, aceptar la inutilidad existencial y disfrutar del ocio. Amén, combatir al poder. Diógenes consumía la vida, los estoicos la asumían. Los cínicos desertaron de la vida ofrecida como una imaginación. Se dieron cuenta del engaño en los albores de la humanidad y de la verdadera angustia que sobrevendría. Avizoraron que la vida debía ejercerse sin fantasías, que en cada hombre reside su propia fuente de poder y que se debe dominar el deseo para entender que es dable existir con lo indispensable.

La única salida del presente es este mismo tiempo. ¿Qué destino se puede esperar si no es posible evadir el presente? Esta situación se transforma en una decisión implacable. Es factible vivir con los ojos siempre abiertos, pero no se está preparado para excluir a los sueños. El hombre ha rechazado en forma visceral no soñar y también sentirse inútil. Quizás éste haya sido el secreto de la naturaleza para que permaneciese sobre la tierra contemplando su drama.

CONCIENCIA Y MUERTE

La tragedia proviene de la conciencia humana cuya comprensión de la muerte es el tema fundamental del hombre. Sólo ella

advierde en el universo que morir es dejar de ser. La muerte no puede considerarse un problema al serle asignada la característica de irreversibilidad que la convierte en una resolución del ser, propia, intransferible, insoslayable y extrema. Con su connotación absoluta de inevitable premeditación la muerte no es de interpretación técnica, sino filosófica, en cuanto su pregunta ¿qué es el hombre? se halla más allá de todo racionalismo científico y metafísico. Para la conciencia humana esta requisitoria es el acto central. Sin ella la existencia sería absolutamente diferente.

La muerte termina rigiendo todo el comportamiento humano y transmutando a la vida en imaginaria e infortunada. Ella ha motivado una acción ciclópea del “ser hombre” para sostener el destino en el enigma del no-ser. Sobre esta realidad se han edificado corrientes, dogmas y sistemas con el solo fin de hallarle una explicación a la conciencia de la muerte que se encadenan desde la religión a la ciencia, fetiches de la historia. Otro componente esencial, el arte, fue el gesto más refinado en el intento de lograr una vigencia humana en la memoria posterior a la muerte. Tan sólo con la filosofía ésta puede ser indagada desde la conciencia alta, custodiada de ética, estética y moral, los productos humanos más dignos, para lograr que la muerte individual, inmanente e intransferible, complete la autenticidad del ser y se abra a la libertad del no-ser. La muerte, con esta insinuación, no se agota en una interpretación técnica. La conciencia de ella hace trágico al hombre al acompañarlo por siempre, a pesar del comportamiento de sobreponerse a la muerte de los otros, porque nunca piensa en su propio final.

El dominio de la *tekné iatriké*, los estoicos, los epicúreos y las religiones intentaron solazar la realidad incomprendida de la muerte, en la que hoy incurre la posmodernidad con su caída en la novedad fragmentaria y cambiante de una vida comunicacional y tecnocapitalista. La ciencia, transformada

en la herramienta del poder, usurpa el maquillaje de la imaginación especulativa, cercenando a la realidad humana. Este grado de conciencia sobre el tiempo y la muerte, injusto y artero de la evolución, adolece de explicación porque desagua en el no-ser al mismo instante de su nacimiento. El hombre ya está anciano para la muerte al momento de su origen. El hombre es un “ser para la muerte”, al decir de Heidegger.

El eros y la muerte rigen el pulso de la vida humana, alquimia que junta al instinto en su acto, con la desesperación de la conciencia. Instinto que regresa con brío para poder sobreponerse al cansancio existencial, al pesimismo que declama por saber de la muerte como cierre del ser y poder soportar los conceptos determinantes en la vida del hombre, el origen y el fin, ambos dados por su estado de conciencia. Aparecido el ser, es arrojado a un proyecto de posibilidades de vida que desaguan en el único destino certero: la muerte, la que resuelve intransferible en cada hombre. Se debe aceptar ser un existente con nuestra actual conciencia. El límite natural de ésta no acepta ningún sesgo en la amplitud que va del optimismo al estado de escepticismo, mientras tanto eros y muerte seguirán enardecido a los instintos y sojuzgando a la razón.

El paso del tiempo y la tragedia de la muerte estuvieron siempre presentes desde el primer acto de la adquisición de la conciencia. A medida que ésta se intelectualizaba fue cambiando el ropaje, pero la esencia de la angustia que producen ambos conocimientos ha permanecido inveterada. Paradójicamente, a pesar del despertar racional, la conciencia no cesa de estar imbuida de lo metafísico, una máscara de aquella ignorancia de la cual había intentado escapar en sus tiempos de animal pleno. El hombre no desea sufrir. Se evade. Tampoco quiere desaparecer. La religión ya no le suprime esta sensación y la posibilidad se ha ido replegando. Las historias de los dioses han sido contadas por los propios hombres.

Hoy éstos contemplan su aventura, sin comprender el fundamento de tener que soportarse como seres lúcidos, inválidos de mayor clarividencia. De la muerte sólo conocemos

su suceso físico, lo cual sume al hombre en la contradicción de saber de su final y no aceptar al "yo" en su ilusión final.